

Los Contemporáneos

321

LA MUJER ALTA

LA BUENAVENTURA

LA BELLEZA IDEAL

NOVELAS

POR

Pedro A. de Alarcón

Número extraordinario

20 Cts.



Ayuntamiento de Madrid

REVISTADO DURA



Tendidas sobre el lecho,
cojines y sillones,
hay flores, joyas, plumas,
encajes y crespones;
y tintes y perfumes,
sombrosos y vestidos,
en especial desorden
por el suelo esparcidos.

De tanta algarabía
la causa no se ignora,
contóla una doncella
culpando a su señora:
"Al hacer su tocado
prodújole locura
encontrar a faltar
la crema PECA CURA
que yo, *distraidamente*,
como buena doncella,
habíame aplicado
a fin de ser más bella."

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 pts., según frasco.

PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco,
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
Rocío FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, Acacia, MU-
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los supe-
ra, NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS.--BARCELONA

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos

Ayuntamiento de Madrid

**HIPOFOSFITOS:
=SALUD**

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DEBILES



AVISO. AL COMPRAR EL FRASCO FIJARSE SI CON TINTA ROJA SE LEE
HIPOFOSFITOS-SALUD EN LA ARGENTINA PIDASE HIPOFOSFITOS-SALUD

**PARA BUENOS IMPRESOS
→ Y SELLOS CAUCHO ←**

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

Gran rapidez. :—: Fundición diaria.

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

LA MUJER ALTA

(CUENTO DE MIEDO)

I

—¡Qué sabemos! Amigos míos..., ¡qué sabemos!—exclamó Gabriel, distinguido ingeniero de Montes, sentándose debajo de un pino y cerca de una fuente, en la cumbre del Guadarrama, a legua y media del Escorial, en el límite divisorio de las provincias de Madrid y Segovia; sitio y fuente y pino que yo conozco y me parece estar viendo, pero cuyo nombre se me ha olvidado.—Sentémonos, como es de rigor y *está escrito*... en nuestro programa—continuó Gabriel,—a descansar y hacer por la vida en este ameno y clásico paraje, famoso por la virtud digestiva del agua de ese manantial y por los muchos borreros que aquí se han comido nuestros ilustres maestros don Miguel Bosch, don Máximo Laguna, don Agustín Pascual y otros grandes naturalistas, y os contaré una rara y peregrina historia en comprobación

de mi tesis..., reducida a manifestar, aunque me llaméis obscurantista, que en el globo terráqueo ocurren todavía cosas sobrenaturales, esto es, cosas que no caben en la cuadrícula de la razón, de la ciencia ni de la filosofía, tal y como hoy se entienden (o no se entienden) semejantes *palabras, palabras y palabras*, que diría Hamlet...

Enderezaba Gabriel este pintoresco discurso a cinco sujetos de diferente edad, pero ninguno joven, y sólo uno entrado ya en años; también ingenieros de Montes tres de ellos, pintor el cuarto y un poco literato el quinto; todos los cuales habían subido con el orador, que era el más pollo, en sendas burras de alquiler, desde el Real Sitio de San Lorenzo, a pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul,

cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos, y comiéndose una carga de viveres fiambres pagados a escote.

Sucedía esto en 1875, y era en el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago o el de San Luis... Inclínome a creer el de San Luis. Como quiera que fuese, gozábase en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y en la vida ordinaria...

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

—Creo que no me tacharéis de visionario... Por fortuna o desgracia mía, soy, digámoslo así, un hombre a la moderna, nada supersticioso, y

tan *positivista* como el que más, bien que incluya entre los datos *positivos* de la Naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materias de sentimiento... Pues bien: a propósito de fenómenos sobrenaturales o *extranaturales*, oid lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy a contar, y decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural, o como queramos llamarla, puede darse a tan maravilloso acontecimiento.

El caso fué como sigue... ¡A ver! ¡echad una gota, que ya se habrá refrescado el *pellejo* dentro de esa bullidora y cristalina fuente, colocada por Dios en esta pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!

II

—Pues, señor, no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de Caminos llamado Telesforo X..., que murió en 1860...

—Yo no...

—¡Yo sí!

—Yo también: un muchacho andaluz, con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del Marqués de Moreda..., y que murió de ictericia...

—¡Ese mismo!—continuó Gabriel.

—Pues bien: mi amigo Telesforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábasele varias empresas particulares en aquellos años

de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban las mujeres por casar o mal casadas, y por supuesto las viudas impenitentes, y entre ellas alguna buena moza que... Pero la tal viuda no viene ahora a cuento; pues a quien Telesforo quiso con toda formalidad fué a su citada novia, la pobre Joaquinita Moreda, y lo otro no pasó de amorío puramente *usufructuario*...

—¡Señor don Gabriel, al orden!

—Sí..., sí: voy al orden; pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan a chanzas ni donaires. Juan, échame otro medio vaso... ¡Bueno está de verdad este vino! Conque atención y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabréis los que la conocisteis, que Joaquina murió de repente en los baños de Santa Agueda

al fin del verano de 1859... Hallábame yo en Pau cuando me dieron tan triste noticia, que me afectó muy especialmente por la íntima amistad que me unía a Telesforo... A ella sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la Generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propia de las personas que tienen aneurisma, me pareció desde luego indicio de mala salud... Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo; y como además era hija única de título, y de título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable... Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, a los quince o veinte días de su desgracia, fui a verlo una mañana muy temprano a su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo... No recuerdo el número, pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven ingeniero, trabajando ya a aquella hora con sus ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto. Abrazóme estrechísimamente y por largo rato, sin lanzar ni el más leve suspiro; dió en seguida algunas instrucciones sobre el trabajo pendiente a uno de sus ayudantes, y condújome, en fin, a su despacho particular, si-

tuado al extremo opuesto de la casa, diciéndome por el camino con acento lúgubre y sin mirarme:

—Mucho me alegro de que hayas venido... Varias veces te he echado de menos en el estado en que me hallo... Ocurríame una cosa muy particular y extraña, que sólo un amigo como tú podría oír sin considerarme imbécil o loco, y acerca de la cual necesito oír alguna opinión serena y fría como la ciencia... Siéntate...—prosiguió diciendo, cuando hubimos llegado a su despacho,—y no temas en manera alguna que vaya a angustiarte describiéndote el dolor que me aflige, y que durará tanto como mi vida... ¿Para qué? ¡Tú te lo figurarás fácilmente a poco que entiendas de cuitas humanas, y yo no quiero ser consolado ni ahora, ni después, ni nunca! De lo que te voy a hablar con la detención que requiere el caso, o sea tomando el asunto desde su origen, es de una circunstancia horrenda y misteriosa que ha servido como de agüero infernal a esta desventura, y que tiene conturbado mi espíritu hasta un extremo que te dará espanto...

—¡Habla! —respondí yo, comenzando a sentir, en efecto, no sé qué arrepentimiento de haber entrado en aquella casa, al ver la expresión de cobardía que se pintó en el rostro de mi amigo.

—Oye...—repuso él, enjugándose la sudorosa frente.

III

No sé si por fatalidad innata de mi imaginación, o por vicio adquirido al oír alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se

asusta a los niños en la cuna, el caso es que desde mis tiernos años no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me la figurara mentalmente,

ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, a las altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente, cierta vez que fué necesario, y, recién salido de la Escuela de Ingenieros, cerré a palos y a tiros en Despeñaperros con mis sublevados peones, hasta que los reduje a la obediencia. Toda mi vida, en Jaén, en Madrid y en otros varios puntos, he andado a deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacía velar, y si por acaso he topado con bultos de mala catadura, fueran ladrones o simples perdonavidas, a ellos les ha tocado huir o echarse a un lado, dejándome libre el mejor camino... Pero si el bulto era una mujer sola, parada o andando, y yo iba también solo, y no se veía más alma viviente por ningún lado..., entonces (ríete si se te antoja, pero créeme) poníaseme carne de gallina; vagos temores asaltaban mi espíritu; pensaba en almas del otro mundo, en seres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacían reír en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, o me volvía atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veía dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame también a reír y avergonzábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocía nadie. Allí me daba cuenta friamente de que, pues yo no creía en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada había debido temer de aquella flaca hembra, a quien la miseria, el vicio o algún accidente desgraciado tendrían a tal hora fuera de su hogar, y a quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio por si lo necesitaba, o dar limosna si me la pedía... Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, ¡y cuenta

que ya tenía yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiese ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y trasnochadoras!... Pero, en fin, nada de lo dicho llegó nunca a adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre tan luego como llegaba a mi casa o veía otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recuerdan las equivocaciones o necedades sin fundamento ni consecuencias.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años... (desgraciadamente, tengo varios motivos para poder fijar la fecha: ¡la noche del 15 al 16 de Noviembre de 1857!), volvía yo, a las tres de la madrugada, a aquella casita de la calle de Jardines, cerca de la calle de la Montera, en que recordará viví por entonces... Acababa de salir, a hora tan avanzada, y con un tiempo feroz de viento y frío, no de ningún nido amoroso, sino de... (te lo diré, aunque te sorprendas), de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre por la policía, pero donde ya se habían arruinado muchas gentes, y a la cual me habían llevado a mí aquella noche por primera... y última vez. Sabes que nunca he sido jugador; entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba a reducirse a trabar conocimiento con ciertas damas elegantes, de virtud equívoca (*demimonde* puro), so pretexto de jugar algunos maravadises al *Enano*, en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fué que a eso de las doce comenzaron a llegar nuevos tertulios, que iban del teatro Real o de salones verdaderamente aristocráticos, y mudóse de juego, y salieron a relucir monedas de oro, después billetes, y luego bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco a poco en la selva obscura del vicio, llena de fiebres y tentaciones, y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseía, y aun quedé debiendo un dine-



ral... con el pagaré correspondiente. Es decir, que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situación hubiera sido muy angustiosa y apurada.

Volvía yo, digo, a mi casa aquella noche, tan a deshora, yerto de frío, hambriento, con la vergüenza y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mí mismo, en mi anciano y enfermo padre, a quien tendría que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podría menos de causarle tanto dolor como asombro, pues me con-

sideraba en muy buena y desahogada posición..., cuando, a poco de penetrar en mi calle por el extremo que da a la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recién construída de la acera que yo llevaba, advertí que en el hueco de su cerrada puerta estaba de pie, inmóvil y rígida, como si fuese de palo, una mujer muy alta y fuerte, como de sesenta años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los míos como dos puñales, mientras que su desdentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa...

El propio terror o delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente, dióme no sé qué percepción maravillosa para distinguir de golpe, o sea en dos segundos que tardaría en pasar rozando con aquella repugnante visión, los pormenores más ligeros de su figura y de su traje... Voy a ver si coordino mis impresiones del modo y forma que las recibí, y tal y como se grabaron para siempre en mi cerebro a la mortecina luz del farol que alumbró con infernal relámpago tan fatídica escena...

Pero me excitó demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante! Descuida, sin embargo, por el estado de mi razón...—¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que denominaré *mujer*, fué su elevadísima talla y la anchura de sus descarnados hombros: luego, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de buho, la enormidad de su saliente nariz y la gran mella central de su dentadura, que convertía su boca en una especie de obscuro agujero; y, por último, su traje de mozuela del Avapiés, el pañolillo nuevo de algodón que llevaba a la cabeza, atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenía en la mano, y con el cual se cubría, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y tremendo, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo en unas manos tan enormes, sirviendo como cetro de debilidad a gigante tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producía el pañolejo de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tajamar, aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) si se trataría de un hombre disfrazado... Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca..., ¡no sé de qué! ¡de algo que justificaba plenamente la aversión y el susto que me

habían causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle!... ¡Dijérase que, desde la cuna, había presentado yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temía por instinto, como cada ser animado teme y adivina y ventea y reconoce a su antagonista natural antes de haber recibido de él ninguna ofensa, antes de haberlo visto, sólo con sentir sus pisadas!

No eché a correr en cuanto vi a la esfinge de mi vida, menos por vergüenza o varonil decoro, que por temor a que mi propio miedo le revelase quién era yo, o le diese alas para seguirme, para acometerme, para... ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa estaba al extremo opuesto de la prolongada y angosta calle, en que me hallaba yo solo, enteramente solo, con aquella misteriosa estantigua, a quien creía capaz de aniquilarme con una palabra... ¿Qué hacer para llegar hasta allí? ¡Ah! ¡Con qué ansia veía a lo lejos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde a todas horas hay agentes de autoridad!...

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza; disimular y ocultar aquel pavor miserable; no acelerar el paso, pero ganar siempre terreno, aun a costa de años, de vida y de salud, y de esta manera, poco a poco,irme acercando a mi casa, procurando muy especialmente no caerme antes redondo al suelo.

Así caminaba...; así habría andado ya lo menos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto me ocurrió una idea horrible, espantosa, y sin embargo, muy racional; ¡la idea de volver la cabeza a ver si me seguía mi enemiga!

—Una de dos... (pensé con la rapidez del rayo): o mi terror tiene fundamento, o es una locura; si tiene fun-

damento, esa mujer habrá echado detrás de mí, estará alcanzándome, y no hay salvación para mí en el mundo... Y si es una locura, una aprensión, un pánico como cualquier otro, me venceré de ello en el presente caso y para todos los que me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta preservándose del frío o esperando a que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hacia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna.

Formulado este razonamiento, hice un esfuerzo extraordinario y volví la cabeza.

¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Qué desventura! ¡La mujer alta me había seguido con sordos pasos, estaba encima de mí, casi me tocaba con el abanico, casi asomaba su cabeza sobre mi hombro.

¿Por qué? ¿Para qué, Gabriel mío? ¿Era una ladrona? ¿Era efectivamente un hombre disfrazado? ¿Era una vieja irónica, que había comprendido que le tenía miedo? ¿Era el espectro de mi propia cobardía? ¿Era el fantasma burlón de las decepciones y deficiencias humanas?

¡Interminable sería decirte todas las cosas que pensé en un momento! El caso fué que di un grito, y salí corriendo como un niño de cuatro años que juzga ver al coco, y que no dejó de correr hasta que desemboqué en la calle de la Montera...

Una vez allí, se me quitó el miedo como por ensalmo. ¡Y eso que la calle de la Montera estaba también sola! Volví, pues, la cabeza hacia la de Jardines, que enfilaba en toda su longitud, y que estaba suficientemente alumbrada por sus tres faroles y por un reverbero de la calle de Peligros, para que no se me pudiese oscurecer la *mujer alta* si por acaso había retrocedido en aquella dirección, y ¡vive el cielo que no la vi parada, ni andando, ni en manera alguna!

Con todo, guardéme muy bien de penetrar de nuevo en mi calle.

—¡Esa bribona—me dije—se habrá metido en el hueco de otra puerta!... Pero mientras sigan alumbrando los faroles no se moverá sin que yo no lo note desde aquí...

En esto vi aparecer a un sereno por la calle del Caballero de Gracia, y lo llamé sin desviarme de mi sitio: díjele, para justificar la llamada y excitar su celo, que en la calle de Jardines había un hombre vestido de mujer; que entrase en dicha calle por la de Peligros, a la cual debía dirigirse por la de la Aduana, que yo permanecería quieto en aquella otra salida, y que con tal medio no podría escapárenos el que a todas luces era un ladrón o un asesino.

Obedeció el sereno; tomó por la calle de la Aduana, y, cuando yo vi avanzar su farol por el otro lado de la de Jardines, penetré también en ella resueltamente.

Pronto nos reunimos en su promedio, sin que ni el uno ni el otro hubiésemos encontrado a nadie, a pesar de haber registrado puerta por puerta.

—Se habrá metido en alguna casa... dijo el sereno.

—¡Eso será!—respondí yo abriendo la puerta de la mía, con firme resolución de mudarme a otra calle al día siguiente.

Pocos momentos después hallábame dentro de mi cuarto tercero, cuyo picaporte llevaba también siempre conmigo, a fin de no molestar a mi buen criado José.

¡Sin embargo, éste me aguardaba aquella noche! ¡Mis desgracias del 15 al 16 de Noviembre no habían concluido!

—¿Qué ocurre? — le pregunté con extrañeza.

—Aquí ha estado—me respondió visiblemente conmovido,—esperando a usted desde las once hasta las dos y media, el señor comandante Falcón; y me ha dicho que, si venía usted a

dormir a casa, no se desnudase, pues él volvería al amanecer...

Semejantes palabras me dejaron frío de dolor y espanto, cual si me hubieran notificado mi propia muerte... Sabedor yo de que mi amadísimo padre, residente en Jaén, padecía aquel invierno frecuentes y peligrosísimos ataques de su crónica enfermedad, había escrito a mis hermanos que, en el caso de un repentino desenlace funesto, telegrafiasen al comandante Falcón, el cual me daría la noticia de la manera más conveniente... ¡No me cabía, pues, duda de que mi padre había fallecido!

Sentéme en una butaca a esperar el día y a mi amigo, y con ellos la noticia oficial de tan grande infortunio, y

¡Dios sólo sabe cuánto padecí en aquellas dos horas de cruel expectativa, durante las cuales (y es lo que tiene relación con la presente historia) no podía separar en mi mente tres ideas distintas, y al parecer heterogéneas, que se empeñaban en formar monstruoso y tremendo grupo: mi pérdida al juego, el encuentro con *la mujer alta* y la muerte de mi honrado padre!

A las seis en punto penetró en mi despacho el comandante Falcón, y me miró en silencio... Arrojéme en sus brazos llorando desconsoladamente, y él exclamó acariciándome:

—¡Llora, sí, hombre, llora! ¡Y ojalá ese dolor pudiera sentirse muchas veces!

IV

—Mi amigo Telesforo — continuó Gabriel después que hubo apurado otro vaso de vino—descansó también un momento al llegar a este punto, y luego prosiguió en los términos siguientes:

—Si mi historia terminara aquí, acaso no encontrarías nada de extraordinario ni sobrenatural en ella, y podrías decirme lo mismo que por entonces me dijeron dos hombres de mucho juicio a quienes se la conté: que cada persona de viva y ardiente imaginación tiene su terror pánico; que el mío eran las trasnochadoras solitarias, y que la vieja de la calle de Jardines no pasaría de ser una pobre sin casa ni hogar que iba a pedirme una limosna cuando yo lancé el grito y salí corriendo, o bien una repugnante Celestina de aquel barrio,

no muy católico en materia de amores...

También quise creerlo yo así; también lo llegué a creer al cabo de algunos meses; no obstante lo cual hubiera dado entonces años de vida por la seguridad de no volver a encontrarme a *la mujer alta*. ¡En cambio, hoy daría toda mi sangre por encontrármela de nuevo!

—¿Para qué?

—¡Para matarla en el acto!

—No te comprendo...

—Me comprenderás si te digo que volví a tropezar con ella hace tres semanas, pocas horas antes de recibir la nueva fatal de la muerte de mi pobre Joaquina...

—Cuéntame..., cuéntame...

—Poco más tengo que decirte. Eran las cinco de la madrugada; volvía yo

de pasar la última noche, no diré de amor, sino de amarguísimos lloros y desgarradora contienda, con mi antigua querida la viuda de T..., ¡de quien érame ya preciso separarme por haberse publicado mi casamiento con la otra infeliz a quien estaban enterrando en Santa Agueda aquella misma hora!

Todavía no era día completo; pero ya clareaba el alba en las calles enfiladas hacia Oriente. Acababan de apagar los faroles, y habíanse retirado los serenos, cuando, al ir a cortar la calle del Prado, o sea a pasar de una a otra sección de la calle del Lobo cruzó por delante de mí, como viniendo de la plaza de las Cortes y dirigiéndose a la de Santa Ana, la espantosa mujer de la calle de Jardines.

No me miró, y creí que no me había visto... Llevaba la misma vestimenta y el mismo abanico que hace tres años... ¡Mi azoramiento y cobardía fueron mayores que nunca! Corté rapidísimamente la calle del Prado, luego que ella pasó, bien que sin quitarle ojo, para asegurarme que no volvía la cabeza; y cuando hube penetrado en la otra sección de la calle del Lobo, respiré como si acabara de pasar a nado una impetuosa corriente, y apresuré de nuevo mi marcha hacia acá con más regocijo que miedo, pues consideraba vencida y anulada a la odiosa bruja, en el mero hecho de haber estado tan próximo de ella sin que me viese...

De pronto, y cerca ya de esta mi casa, acometiome como un vértigo de terror pensando en si la muy taimada vieja me habría visto y conocido; en si se habría hecho la desentendida para dejarme penetrar en la todavía obscura calle del Lobo y asaltarme allí impunemente; en si vendría tras de mí; en si ya la tendría encima...

Vuélvome en esto..., ¡y allí estaba! ¡Allí, a mi espalda casi tocándome con sus ropas, mirándome con sus viles ojuelos, mostrándome la asque-

rosa mella de su dentadura, abanicándose irrisoriamente, como si se burlara de mi pueril espanto!...

Pasé del terror a la más insensata ira, a la furia salvaje de la desesperación, y arrojéme sobre el corpulento vejestorio; tirélo contra la pared, echándole una mano a la garganta; y con la otra, ¡qué asco!, púseme a palpar su cara, su seno, el lío ruin de sus cabellos rucios hasta que me convencí juntamente de que era criatura humana y mujer...

Ella había lanzado entretanto un aullido ronco y agudo al propio tiempo, que me pareció falso o fingido, como expresión hipócrita de un dolor y de un miedo que no sentía, y luego exclamó, haciendo como que lloraba, pero sin llorar, antes bien mirándome con ojos de hiena:

—¿Por qué la ha tomado usted conmigo?

Esta frase aumentó mi pavor y debilitó mi cólera.

—¡Luego usted recuerda— grité — haberme visto en otra parte!

—¡Ya lo creo, alma mía!—respondió sardónicamente. — ¡La noche de San Eugenio, en la calle de Jardines, hace tres años!...

Sentí frío dentro de los tuétanos.

—Pero ¿quién es usted?—le dije sin soltarla. — ¿Por qué corre detrás de mí? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

—Yo soy una débil mujer...—contestó diabólicamente.—¡Usted me odia y me teme sin motivo!... Y, si no, dígame usted, señor caballero: ¿por qué se asustó de aquel modo la primera vez que me vió?

—¡Porque la aborrezco a usted desde que nació! ¡Porque es usted el demonio de mi vida!

—¿De modo que usted me conocía hace mucho tiempo? ¡Pues mira, hijo, yo también a ti!

—¡Usted me conocía! ¿Desde cuándo?

—¡Desde antes que nacieras! Y



cuando te vi pasar junto a mí hace tres años, me dije a mí misma: “¡Este es!”

—Pero ¿quién soy yo para usted? ¿Quién es usted para mí?

—¡El demonio!—respondió la vieja escupiéndome en mitad de la cara, librándose de mis manos y echando a correr velocisimamente con las faldas levantadas hasta más arriba de las rodillas, y sin que sus pies moviesen ruido alguno al tocar la tierra...

¡Locura intentar alcanzarla!... Además, por la Carrera de San Jerónimo pasaba ya alguna gente, y por la calle del Prado también. Era completamente de día. La mujer alta siguió corriendo, o volando, hasta la calle de las Huertas, alumbrada ya por el sol; paróse allí a mirarme; amenazóme una y otra vez esgrimiendo el abaniquillo cerrado, y desapareció detrás de una esquina...

¡Espera otro poco, Gabriel! ¡No falles todavía este pleito, en que se

juegan mi alma y mi vida! ¡Oyeme dos minutos más!

Cuando entré en mi casa, me encontré con el coronel Falcón, que acababa de llegar para decirme que mi Joaquina, mi novia, toda mi esperanza de dicha y ventura sobre la tierra, ¡había muerto el día anterior en Santa Agueda! El desgraciado padre se lo había teleografiado a Falcón para que me lo dijere... ¡a mí, que debí haberlo adivinado una hora antes, al encontrarme al demonio de mi vida! ¿Comprendes ahora que necesito matar a la enemiga innata de mi felicidad, a esa inmunda vieja, que es como el sarcasmo viviente de mi destino?

Pero ¿qué digo matar? ¿Es mujer? ¿Es criatura humana? ¿Por qué la he presentado desde que nació? ¿Por qué me reconoció al verme? ¿Por qué no se me presenta sino cuando me ha sucedido alguna desdicha? ¿Es Satanás? ¿Es la Muerte? ¿Es la Vida? ¿Es el Anticristo? ¿Quién es? ¿Qué es?..

V

—Os hago gracia, mis queridos amigos—continuó Gabriel,—de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar a Telesforo, pues son los mismos, mismísimos, que estáis vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural o sobrehumano... Vosotros diréis más: vosotros diréis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos *terror pánico*, y por otros *delirio emotivo*; que, aun siendo verdad todo lo que refería acerca de la mujer alta, habría que atribuirlo

a *coincidencias* casuales de fechas y accidentes; y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, o ser una ratera o una mendiga, o una zurcidora de voluntades, como se dijo a sí propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido...

—¡Admirable suposición!—exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas.—¡Eso mismo íbamos a contestar nosotros!

—Pues escuchad todavía unos momentos, y veréis que yo me equivoqué entonces, como vosotros os equivocáis ahora. ¡El que desgraciadamente no

se equivocó nunca fué Telesforo!
¡Ah! ¡Es mucho más fácil pronun-
ciar la palabra *locura*, que hallar ex-
plicación a ciertas cosas que pasan en
la Tierra!

—¡Habla! ¡Habla!
—Voy allá; y esta vez, por ser ya
la última, reanudaré el hilo de mi his-
toria sin beberme antes un vaso de
vino.

VI

A los pocos días de aquella con-
versación con Telesforo, fuí destina-
do a la provincia de Albacete en mi
calidad de ingeniero de Montes; y no
habían transcurrido muchas semanas
cuando supe, por un contratista de
obras públicas, que mi infeliz amigo
había sido atacado de una horrosa
ictericia; que estaba enteramente ver-
de, postrado en un sillón, sin trabajar
ni querer ver a nadie, llorando de día
y de noche con inconsolable amargu-
ra, y que los médicos no tenían ya es-
peranza alguna de salvarlo. Compre-
dí entonces por qué no contestaba a
mis cartas, y hube de reducirme a
pedir noticias suyas al coronel Fal-
cón, que cada vez me las daba más
desfavorables y tristes...

Después de cinco meses de ausen-
cia regresé a Madrid el mismo día
que llegó el parte telegráfico de la
batalla de Tetuán... Me acuerdo co-
mo de lo que hice ayer. Aquella noche
compré la indispensable *Correspon-*
dencia de España, y lo primero que leí
en ella fué la noticia de que Telesforo
había fallecido y la invitación a su
entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté a la
triste ceremonia. Al llegar al cemen-
terio de San Luis, adonde fuí en uno
de los coches más próximos al carro
fúnebre, llamó mi atención una mu-
jer del pueblo vieja, y muy alta, que
se reía impiamente al ver bajar el
féretro, y que luego se colocó en ade-
mán de triunfo delante de los enterra-

dores, señalándoles con un abanico
muy pequeño la galería que debían
seguir para llegar a la abierta y an-
siosa tumba...

A la primera ojeada reconocí, con
asombro y pavor, que era la impla-
cable enemiga de Telesforo, tal y co-
mo él me la había retratado, con su
enorme nariz, con sus infernales ojos,
con su asquerosa mella, con su paño-
lejo de percal y con aquel diminuto
abanico, que parecía en sus manos el
cetro de impudor y de la mofa...

Instantáneamente reparó en que yo
la miraba, y fijó en mí la vista de un
modo particular como reconocién-
dome, como dándose cuenta de que yo
la reconocía, como enterada de que
el difunto me había contado las es-
cenas de la calle de Jardines y de la
del Lobo, como desafiándome, como
declarándome heredero del odio que
había profesado a mi infortunado
amigo...

Confieso que entonces mi miedo fué
superior a la maravilla que me causa-
ban aquellas nuevas *coincidencias* o
casualidades. Veía patente que alguna
relación sobrenatural anterior a la
vida terrena había existido entre la
misteriosa vieja y Telesforo; pero en
tal momento sólo me preocupaba mi
propia vida, mi propia alma, mi pro-
pia ventura, que correría peligro si
llegaba a heredar semejante infortu-
nio...

La *mujer alta* se echó a reír, y me
señaló ignominiosamente con el aba-

nico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía... Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo o desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el campo santo con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándose a un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas...

Y digo *para siempre*, porque han pasado quince años y no he vuelto a verla... Si era criatura humana, ya debe de haber muerto; y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado...

Conque ¡vamos a cuentas! ¡Decidme vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos! ¿Los consideraréis todavía *naturales*?

Ocioso fuera que yo, el autor del cuento o historia que acabáis de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron a Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al fin y a la postre, cada lector habrá de juzgar el caso según sus propias sensaciones y creencias...

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo a cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable día en las frondosas cumbres del Guadarrama.

LA BUENAVENTURA

I

No sé qué día de Agosto del año 1816 llegó a las puertas de la Capitanía general de Granada cierto haraposo y grotesco gitano, de sesenta años de edad, de oficio esquilador y de apellido o sobrenombre *Heredia*, caballero en flaquísimo y destartado burro mohino, cuyos arneses se reducían a una sogá atada al pescuezo; y, echado que hubo pie a tierra, dijo con la mayor frescura "*que quería ver al Capitán general*".

Excuso añadir que semejante pretensión excitó sucesivamente la resistencia del centinela, las risas de los ordenanzas y las dudas y vacilaciones de los *edecanes* antes de llegar a conocimiento del excelentísimo Sr. D. Eugenio Portocarrero, conde del Montijo, a la sazón Capitán general del antiguo reino de Granada... Pero como aquel prócer era hombre de muy buen humor y tenía muchas noticias de *Heredia*, célebre por sus chistes, por sus cambalaches y por su amor a lo ajeno..., con permiso del engañado dueño, dió orden de que dejasen pasar al gitano.

Penetró éste en el despacho de su Excelencia, dando dos pasos adelante y uno atrás, que era como andaba en las circunstancias graves, y poniéndose de rodillas exclamó:

—¡Viva María Santísima y viva su merced, que es el amo de to'itico el mundo!

—Levántate; déjate de zalamerías, y dime qué se te ofrece...—respondió el Conde con aparente sequedad.

Heredia se puso también serio, y dijo con mucho desparpajo:

—Pues, señor, vengo a que se me den los mil reales.

—¿Qué mil reales?

—Los ofrecidos hace días, en un bando, al que presente las señas de *Parrón*.

—Pues ¡qué! ¿tú lo *conocías*?

—No, señor.

—Entonces...

—Pero ya lo conozco.

—¡Como!

—Es muy sencillo. Lo he buscado; lo he visto; traigo las señas, y pido mi ganancia.

—¿Estás seguro de que lo has visto?—exclamó el Capitán general con un interés que sobrepuso a sus dudas.

El gitano se echó a reír, y respondió:

—¡Es claro! Su merced dirá: este gitano es como todos, y quiere engañarme. — ¡No me perdone Dios si miento!—Ayer vi a *Parrón*.

—Pero ¿Sabes tú la importancia de lo que dices? ¿Sabes que hace tres años que se persigue a ese monstruo, a ese bandido sanguinario, *que nadie conoce ni ha podido nunca ver*? ¿Sabes que todos los días roba, en distintos puntos de estas sierras, a algunos pasajeros, y después los asesina, pues dice que los muertos no hablan, y que ese es el único medio de que nunca dé con él la Justicia? ¿Sabes, en fin, que ver a *Parrón* es encontrarse con la muerte?

El gitano se volvió a reír, y dijo:

—Y ¿no sabe su merced que lo que no puede hacer un gitano no hay quien lo haga sobre la tierra? ¿Conoce nadie cuándo es verdad nuestra

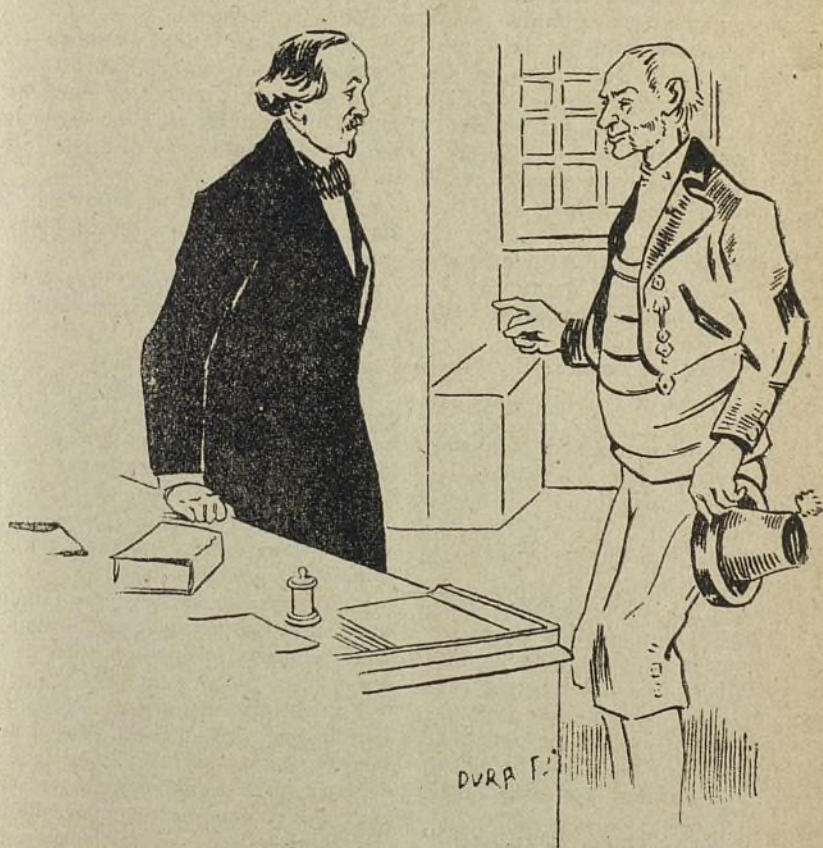
risa o nuestro llanto? ¿Tiene su merced noticia de alguna zorra que sepa tantas picardías como nosotros?—Repito, mi General, que, no sólo he visto a *Parrón*, sino que he hablado con él.

—¿Dónde?

—En el camino de Tózar.

cada instante). ¡Entonces no hay remedio, me matan!..., pues ese maldito se ha empeñado en que ningunos ojos que vean su fisonomía vuelvan a ver cosa ninguna.”

Estaba yo haciendo estas reflexiones, cuando se me presentó un hom-



—Dame pruebas de ello.

—Escuche su merced. Ayer mañana hizo ocho días que caímos mi borrico y yo en poder de unos ladrones. Me maniataron muy bien, y me llevaron por unos barrancos endemoniados hasta dar con una plazoleta donde acampaban los bandidos. Una cruel sospecha me tenía desazonado.—“¿Será esta gente de *Parrón*? (me decía a

bre vestido de macareno con mucho lujo, y dándome un golpecito en el hombro y sonriéndose con suma gracia me dijo:

—Compadre, ¡yo soy *Parrón*!

Oír esto y caerme de espaldas, todo fué una misma cosa.

El bandido se echó a reír.

Yo me levanté desencajado, me puse de rodillas, y exclamé en todos

los tonos de voz que pude inventar:

—¡Bendita sea tu alma, rey de los hombres!... ¿Quién no había de conocerle por ese porte de príncipe real que Dios te ha dado? ¡Y que haya madre que para tales hijos! ¡Jesús! ¡Deja que te dé un abrazo, hijo mío! ¡Que en mal hora muera si no tenía gana de encontrarte el gitanico para decirte la buenaventura y darte un beso en esa mano de emperador!—
—¡También yo soy de los tuyos! ¿Quieres que te enseñe a cambiar burros muertos por burros vivos?—¡Quieres vender como p tros tus caballos viejos? ¿Quieres que le enseñe el francés a una mula?

El Conde del Montijo no pudo contener la risa...—Luego preguntó:

—Y ¿qué respondió *Parrón* a todo eso? ¿Qué hizo?

—Lo mismo que su merced: reirse a todo trapo.

—¿Y tú?

—Yo, señorico, me reía también; pero me corrían por las patillas lagrimones como naranjas.

—Continúa.

En seguida me alargó la mano y me dijo:

Compadre, es usted el único hombre de talento que ha caído en mi poder. Todos los demás tienen la maldita costumbre de procurar entristecerme, de llorar, de quejarse y de hacer otras tonterías que me ponen de mal humor. Sólo usted me ha hecho reír; y si no fuera por esas lágrimas...

—¡Qué, señor, si son de alegría!

—Lo creo. Bien sabe el demonio que es la primera vez que me he reído desde hace seis u ocho años!—Verdad es que tampoco he llorado...

—Pero despachemos.—¡Eh, muchachos!

Decir *Parrón* estas palabras y rodearme una nube de trabucos, todo fué un abrir y cerrar de ojos.

—¡Jesús me, ampare!—empecé a gritar.

—¡Deteneos! (exclamó *Parrón*). No se trata de eso *todavía*.—Os llamo para preguntaros qué le habéis *tomado* a este hombre.

—Un burro en pelo.

—¿Y dinero?

—Tres duros y siete reales.

—Pues dejadnos solos.

Todos se alejaron.

—Ahora dime la buenaventura—exclamó el ladrón, tendiéndome la mano.

Yo se la cogí; medité un momento; conocí que estaba en el caso de hablar formalmente, y le dije con todas las veras de mi alma:

—*Parrón*, tarde que temprano, ya me quites la vida, ya me la dejes... ¡morirás ahorcado!

—Eso ya lo sabía yo... (respondió el bandido con entera tranquilidad).

—Dime *cuándo*.

Me puse a cavilar.

Este hombre (pensé) me va a perdonar la vida; mañana llego a Granada y doy el *cante*; pasado mañana lo cogen... Después empezará la sumaria...

—¿Dices que *cuándo*? (le respondí en alta voz).—Pues ¡mira! va a ser el mes que entra.

Parrón se estremeció, y yo también conociendo que el amor propio de adivino me podía salir por la tapa de los sesos.

—Pues mira tú, gitano... (contestó *Parrón* muy lentamente). Vas a quedarte en mi poder...—¡Si en todo el mes que entra no me ahorcan, te ahorco yo a ti, tan cierto como ahorcaron a mi padre!—Si muero para esa fecha, quedarás libre.

—¡Muchas gracias! (dije yo en mi interior). ¡Me perdona... después de muerto!

Y me arrepentí de haber echado tan corto el plazo.

Quedamos en lo dicho: fuí conducido a la cueva, donde me encerraron, y *Parrón* montó en su yegua y tomó el tole por aquellos breñales...

—Vamos, ya comprendo... (excla-

mó le Conde del Montijo). *Parrón* ha muerto; tú has quedado libre, y por eso sabes sus señas...

—¡Todo lo contrario, mi General! *Parrón* vive, y aquí entra lo más negro de la presente historia.

II

Pasaron ocho días sin que el capitán volviese a verme. Según pude entender, no había parecido por allí desde la tarde que le hice la buenaventura; cosa que nada tenía de raro, a lo que me contó uno de mis guardianes.

—Sepa usted (me dijo) que el jefe se va al infierno de vez en cuando, y no vuelve hasta que se le antoja. —Ello es que nosotros no sabemos nada de lo que hace durante sus largas ausencias.

A todo esto, a fuerza de ruegos, y como pago de haber dicho la buenaventura a todos los ladrones, pronosticándoles que no serían ahorcados y que llevarían una vez muy tranquila, había yo conseguido que por las tardes me sacasen de la cueva y me atasen a un árbol, pues en mi encierro me ahogaba de calor.

Pero excuso decir que nunca faltaba a mi lado un par de centinelas.

Una tarde, a eso de las seis, los ladrones que habían salido de *servicio* aquel día a las órdenes del *segundo Parrón*, regresaron al campamento, llevando consigo, maniatado como pintan a nuestro Padre Jesús Nazareno, a un pobre segador de cuarenta a cincuenta años, cuyas lamentaciones partían el alma.

—¡Dadme mis veinte duros! (decía). ¡Ah! ¡Si supieráis con qué afanes los he ganado! ¡Todo un verano segando bajo el fuego del sol!... ¡Todo un verano lejos de mi pueblo, de mi mujer y de mis hijos!—¡Así he reunido, con mil sudores y privaciones, esa suma, con que podríamos

vivir este invierno!... ¡Y cuando ya vöy de vuelta, deseando abrazarlos y pagar las deudas que para comer hayan hecho aquellos infelices, ¿cómo he de perder ese dinero, que es mi tesoro?—¡Piedad, señores! ¡Dadme mis veinte duros! ¡Dádmelos, por los dolores de María Santísima!

Una carcajada de burla contestó a las quejas del pobre padre.

Yo temblaba de horror en el árbol a que estaba atado; porque los gitanos también tenemos familia.

—No seas loco... (exclamó al fin un bandido, dirigiéndose al segador).

—Haces mal en pensar en tu dinero, cuando tienes cuidados mayores en que ocuparte...

—¡Cómo!—dijo el segador, sin comprender que hubiese desgracia más grande que dejar sin pan a sus hijos.

—¡Estás en poder de *Parrón*!

—*Parrón*... ¡No le conozco!... Nunca lo he oído nombrar... ¡Vengo de muy lejos! Yo soy de Alicante, y he estado segando en Sevilla.

—Pues, amigo mío, *Parrón* quiere decir la muerte. Todo el que cae en nuestro poder es preciso que muera. Así, pues, haz testamento en dos minutos y encomienda el alma en otros dos.—¡Preparen! ¡Apunten!—Tienes cuatro minutos.

—Voy a aprovecharlos... ¡Oidme, por compasión!...

—Habla.

—Tengo seis hijos... y una infeliz...—diré *viuda*..., pues veo que voy a morir...—Leo en vuestros ojos que sois peores que fieras... ¡Sí, peores! Porque las fieras de una misma espe-

cie no se devoran unas a otras.— ¡Ah! Perdón!... No sé lo que me digo.— ¡Caballeros, alguno de ustedes será padre!... ¿No hay un padre entre vosotros? ¿Sabéis lo que es una madre que ve morir a los hijos de sus entrañas, diciendo: "Tengo hambre..., tengo frío?"— Señores, ¡yo no quiero mi vida sino por ellos! ¿Qué es para mí la vida? ¡Una cadena de trabajos y privaciones!— Pero debo vivir para mis hijos!... ¡Hijos míos! ¡Hijos de mi alma!

Y el padre se arrastraba por el suelo, y levantaba hacia los ladrones una cara... ¡Qué cara! Se parecía a la de los santos que el rey Nerón echaba a los tigres, según dicen los padres predicadores...

Los bandidos sintieron moverse algo dentro de su pecho, pues se miraron unos a otros...; y viendo que todos estaban pensando la misma cosa, uno de ellos se atrevió a decirlo...

—¿Qué dijo?— preguntó el Capitán general, profundamente afectado por aquel relato.

—Dijo: "Caballeros, lo que vamos a hacer no lo sabrá nunca *Parrón*..."

—Nunca..., nunca... —tartamudearon los bandidos.

—Márchese usted, buen hombre... —exclamó entonces uno que hasta lloraba.

Yo hice también señas al segador de que se fuese al instante.

El infeliz se levantó lentamente.

—Pronto... ¡Márchese usted!— repitieron todos, volviéndole la espalda.

El segador alargó la mano maquinalmente.

—¿Te parece poco? (gritó uno).—

¡Pues no quiere su dinero!—vaya..., vaya... ¡No nos tiente usted la paciencia!

El pobre padre se alejó llorando, y a poco desapareció.

Media hora había transcurrido, empleada por los ladrones en jurarse unos a otros no decir nunca a su capitán que habían perdonado la vida a un

hombre, cuando de pronto apareció *Parrón*, trayendo al segador en la grupa de su yegua.

Los bandidos retrocedieron espantados.

Parrón se apeó muy despacio, descolgó su escopeta de dos cañones, y, apuntando a sus camaradas, dijo:

—¡Imbéciles! ¡Infames! ¡No sé cómo no os mato a todos!— ¡Pronto! ¡Entregad a este hombre los duros que le habéis robado!

Los ladrones sacaron los veinte duros y se los dieron al segador, el cual se arrojó a los pies de aquel personaje que dominaba a los bandoleros y que tan buen corazón tenía...

Parrón le dijo:

—¡A la paz de Dios!— *Sin las indicaciones de usted, nunca hubiera dado con ellos.* ¡Ya ve usted que desconfiaba de mí sin motivo!... He cumplido mi promesa... Ahí tiene usted sus veinte duros...—Conque... ¡en marcha!

El segador lo abrazó repetidas veces y se alejó lleno de júbilo.

Pero no habría andado cincuenta pasos, cuando su bienhechor lo llamó de nuevo.

El pobre hombre se apresuró a volver pies atrás.

—¿Qué manda usted?—le preguntó, deseando ser útil al que había devuelto la felicidad a su familia.

—¿Conoce usted a *Parrón*?—le preguntó él mismo.

—No lo conozco.

—¡Te equivocas! (replicó el bandolero). Yo soy *Parrón*.

El segador se quedó estupefacto.

Parrón se echó la escopeta a la cara y descargó los dos tiros contra el segador, que cayó redondo al suelo.

—¡Maldito seas!—fué lo único que pronunció.

En medio del terror que me quitó la vista, observé que el árbol en que yo estaba atado se estremecía ligeramente y que mis ligaduras se aflojaban.

Una de las balas, después de herir al segador, había dado en la cuerda que me ligaba al tronco y la había roto.

reales!... Si conforme soy yo quien se lo encuentra y se entera de lo que pasaba, hubieran sido los *migueletes*, habría dado vuestras señas y las de



Yo disimulé que estaba libre, y esperé una ocasión para escaparme.

Entretanto decía *Parrón* a los suyos, señalando al segador:

—Ahora podéis robarlo.—Sois unos imbéciles..., ¡unos canallas! ¡Dejar a ese hombre, para que se fuera, como se fué, dando gritos por los caminos

nuestra guarida, como me las ha dado a mí, y estaríamos ya todos en la cárcel.—¡Ved las consecuencias de robar sin matar!—Conque basta ya de sermón y enterrad ese cadáver para que no apeste.

Mientras los ladrones hacían el hoyo y *Parrón* se sentaba a meren-

dar dándome la espalda, me alejé poco a poco del árbol y me descolgué al barranco próximo...

Ya era de noche. Protegido por sus sombras salí a todo escape, y, a la luz de las estrellas, divisé mi borrero, que comía allí tranquilamente, atado a una encina. Montéme en él, y no he parado hasta llegar aquí...

Por consiguiente, señor, déme usted los mil reales, y yo daré las se-

ñas de *Parrón*, el cual se ha quedado con mis tres duros y medio...

Dictó el gitano la filiación del bandido; cobró desde luego la suma ofrecida, y salió de la Capitania general, dejando asombrados al Conde del Montijo y al sujeto, allí presente, que nos ha contado todos estos pormenores.

Réstanos ahora saber si acertó o no acertó *Heredía* al decir la buena-ventura a *Parrón*.

III

Quince días después de la escena que acabamos de referir, y a eso de las nueve de la mañana, muchísima gente ociosa presenciaba, en la calle de San Juan de Dios y parte de la de San Felipe de aquella misma capital, la reunión de dos compañías de migueletes que debían salir a las nueve y media en busca de *Parrón*, cuyo paradero, así como sus señas personales y las de todos sus compañeros de fechorías, había al fin averiguado el Conde del Montijo.

El interés y emoción del público eran extraordinarios, y no menos la solemnidad con que los migueletes se despedían de sus familias y amigos para marchar a tan importante empresa. ¡Tal espanto había llegado a infundir *Parrón* a todo el antiguo reino granadino!

—Parece que ya vamos a formar... (dijo un miguelete a otro), y no veo al cabo López...

—¡Extraño es, a fe mía, pues él llega siempre antes que nadie cuando se trata de salir en busca de *Parrón*, a quien odia con sus cinco sentidos!

—Pues ¿no sabéis lo que pasa? —dijo un tercer miguelete, tomando parte en la conversación.

—¡Hola! Es nuestro nuevo camarada... —¿Cómo te va en nuestro Cuerpo?

—¡Perfectamente! —respondió el interrogado.

Era éste un hombre pálido y de porte distinguido, del cual se despegaba mucho el traje de soldado.

—Conque ¿decías?... —replicó el primero.

—¡Ah! ¡Sí! Que el cabo López ha fallecido... —respondió el miguelete pálido.

—*Manuel*... ¿Qué dices?—¡Eso no puede ser!...

—Yo mismo he visto a López esta mañana, como te veo a tí...

El llamado *Manuel* contestó friamente:

—Pues hace media hora que lo ha matado *Parrón*.

—¿*Parrón*? ¿Dónde?

—¡Aquí mismo! ¡En Granada! En la Cuesta del Perro se ha encontrado el cadáver de López.

Todos quedaron silenciosos, y *Manuel* empezó a silbar una canción patriótica.

—¡Van once migueletes en seis días! (exclamó un sargento). ¡*Parrón* se ha propuesto exterminarnos!

—Pero ¿cómo es que está en Granada? ¿No íbamos a buscarlo a la Sierra de Loja?

Manuel dejó de silbar, y dijo con su acostumbrada indiferencia:

—Una vieja que presenció el de-

lito dice que, luego que mató a López, ofreció que, si íbamos a buscarlo, tendríamos el gusto de verlo...

—¡Camarada! ¡Disfrutas de una calma asombrosa! ¡Hablas de *Parrón* con un desprecio!...

—Pues ¿qué es *Parrón* más que un hombre?—repuso *Manuel* con altanería.

—¡A la formación! — gritaron en este acto varias voces.

Formaron las dos compañías, y comenzó la lista nominal.

En tal momento acertó a pasar por allí el gitano *Heredia*, el cual se paró como todos, a ver aquella lucidísima tropa.

Notóse entonces que *Manuel*, el nuevo miguelete, dió un retemblido y retrocedió un poco, como para ocultarse detrás de sus compañeros...

Al propio tiempo *Heredia* fijó en él sus ojos; y dando un grito y un salto como si le hubiese picado una víbora, arrancó a correr hacia la calle de San Jerónimo.

Manuel se echó la carabina a la cara y apuntó al gitano...

Pero otro miguelete tuvo tiempo de mudar la dirección del arma, y el tiro se perdió en el aire.

—¡Está loco! ¡*Manuel* se ha vuelto loco! ¡Un miguelete ha perdido el juicio! — exclamaron sucesivamente los mil espectadores de aquella escena.

Y oficiales y sargentos y paisanos rodeaban a aquel hombre, que pugnaba por escapar, y al que por lo mismo sujetaban con mayor fuerza, abrumándolo a preguntas, reconvencciones y dicterios, que no le arrancaron contestación alguna.

Entretanto *Heredia* había sido preso en la plaza de la Universidad por algunos transeúntes, que, viéndole correr después de haber sonado aquel tiro, lo tomaron por malhechor.

—¡Llevadme a la Capitanía general! (decía el gitano). ¡Tengo que

hablar con el Conde del Montijo!

—¡Qué Conde del Montijo ni qué niño muerto! (le respondieron sus aprehensores).—¡Ahí están los migueletes, y ellos verán lo que hay que hacer con tu persona!

—Pues lo mismo me da... (respondió *Heredia*).—Pero tengan ustedes cuidado de que no me mate *Parrón*...

—¿Cómo *Parrón*?... ¿Qué dice este hombre?

—Venid y veréis.

Así diciendo, el gitano se hizo conducir delante del jefe de los migueletes, y, señalando a *Manuel*, dijo:

—Mi comandante, ¡ese es *Parrón*, y yo soy el gitano que dió hace quince días sus señas al Conde del Montijo!

—¡*Parrón*! ¡*Parrón* está preso! ¡Un miguelete era *Parrón*!...—gritaron muchas voces.

—No me cabe duda... (decía entretanto el Comandante, leyendo las señas que le había dado el Capitán general).—¡A fe que hemos estado torpes!—Pero ¿a quién se le hubiera ocurrido buscar al capitán de ladrones entre los migueletes que iban a prenderlo?

—¡Necio de mí! (exclamaba al mismo tiempo *Parrón*, mirando al gitano con ojos de león herido): ¡es el único hombre a quien he perdonado la vida! ¡Merezco lo que me pasa!

A la semana siguiente ahorcaron a *Parrón*.

Cumplióse, pues, literalmente la *buenaventura* del gitano...

Lo cual (dicho sea para concluir dignamente) no significa que debáis creer en la infabilidad de tales vaticinios, ni menos que fuera acertada regla de conducta la de *Parrón*, de matar a todos los que llegaban a conocerle...—Significa tan sólo que los caminos de la Providencia son inescrutables para la razón humana;—doctrina que, a mi juicio, no puede ser más ortodoxa.

LA BELLEZA IDEAL

I

SUEÑOS DE LA INOCENCIA

Ya vi mi cielo yo claro algún día.
Mostrábaseme amiga la fortuna,
Pareciendo en mi bien estarse queda.

(FR. LUIS DE LEÓN.)

Volvamos a las aventuras de viaje... (dijo Enrique).—A mí me sucedió...

—¡Hola! ; También usted ha tenido aventuras amorosas!...

—Sí, señor; pero nada más que una, allá en los tiempos en que por primera vez vine a la Corte...

—¡A ver! ; A ver! —Oigamos a este poeta humorista...

—Oigámosle... ; Pero que hable con formalidad!

—Tomaré la cosa desde el principio, y procuraré ser lo más formal que pueda.—El caso fué el siguiente:

Hace ya muchos años que se publicaba en Madrid un periodiquito liberal, divinamente redactado, que tenía por título *El Observador*.

Estaba suscrito a él el boticario de mi pueblo, así como yo estaba abonado a la tertulia de su trasbotica, por lo que di en la mala costumbre de leer diariamente *El Observador* desde la cruz a la fecha, cosa que llegó a trastornarme el sentido, ni más ni menos que al ilustre Quijada la lectura de los libros de caballerías.

Como los periódicos se mezclan en todo y lo toman tan a pecho, que no parece sino que a ellos les importa algo el que el diablo se lleve la cantarela, aconteció que, al cabo de algunos

años, cuando apenas contaba yo diez y ocho, se me había pegado la fatal manía de meterme en los cuidados ajenos, haciendo míos los asuntos de todos los españoles, incluso los ministros y los diputados, quienes mal-dito el caso que hacían de mis negocios.—Sin conocer a Cortina, me peleaba por si había hablado bien o mal, u obrado tuerto o derecho; sin ser, no digo soldado, pero ni siquiera quinto, deseaba la prosperidad del Ejército; y, aunque no pertenecía a la Familia Real, recé alguna vez por que la Reina pariese varón...

No era esto lo peor, ni lo que más hace a mi cuento—puesto que hoy no trato de mis ilusiones políticas, y sí de mis ilusiones amorosas,—sino que, como *El Observador* traía también gaceta y sus puntas de novela, con más algunas críticas de teatros, empecé a trabar conocimiento mental con los autores y con los cómicos, y a querer a éste y a aborrecer a aquél, según que al articulista se le antojaba, como también a desear ver la calle de Carretas, el café Suizo, la Fuente Castellana y los demás sitios y lugares que citaba el periódico a cada paso.

Por consecuencia de esta clase de locura, era muy frecuente oirme hablar de Madrid, como si hubiese na-

cido en la Puerta del Sol, y armar con el farmacéutico, que también estaba algo tocado de la cabeza, polémicas como la siguiente:

—¡Le digo a usted que el Ministerio de Fomento está en la calle de la Montera!

—¡No, señor! ¡Está enfrente del café Suizo!

—¡Qué café Suizo ni qué demonio! —Eso lo inventa usted...

—¡Cómo que lo invento! (replicaba yo). ¡El café Suizo ocupa la misma casa en que vivió Espartero; y en él cuesta dos reales un par de huevos fritos, y hay un mozo que se llama Capelín!...

—¡Hombre, usted se cree todo lo que le dice el Comandante de armas!...

—No, señor; que lo he leído en las *Escenas Matritenses*.

—¡Ah! sí; de *El Curioso Parlante*. —Vamos a ver: ¿a que no sabe usted quién es *El Curioso Parlante*?

—¡Toma! *Fray Gerundio*.

—¡Quiá, hombre! ¡*Fray Gerundio* es *Figaro*!—*El Curioso Parlante* es don Modesto Lafuente.

—¡Ah, es verdad! El que se suicidó.—No me acordaba.

Pues bien: enterado, como podéis ver, de la topografía y crónica ma-

drileñas; creyendo a puño cerrado en todas las conspiraciones, robos, secuestros, coronaciones de actrices y demás cosas extraordinarias que me contaba *El Observador*; y presa, por añadidura, de un vivísimo deseo de topar con alguna de aquellas mujeres que veía retratadas en las novelas, y que en nada se parecían a las de mi pueblo, tomé el portante hacia Madrid por esos caminos de Dios, lamentando que no fueran caminos del Gobierno de S. M., su representante... *representativo* en la tierra...—Tenía yo entonces diez y nueve años.

Sin accidente digno de mención atravesé en diligencia media Andalucía y toda la Mancha, y llegué a Aranjuez, donde tomé el tren del ferrocarril (que por cierto llamaba entonces mucho la atención de los mismos cortesanos, por ser todavía el único que habían visto).

Recuerdo que en aquel momento eran las cinco y media de una tarde de primavera, de una hermosísima tarde, de una de aquellas tardes que se acaban a las siete y treinta minutos, y que habréis de permitirme pintar poéticamente, por convenir así, hasta cierto punto, al sentido filosófico de mi relación.

II

UN BAILE DE CONFIANZA

Suelta el arador sus bueyes:
Y entre sencillos afanes,
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales.

Suena un confuso balido,
Gimiendo que los separen
Del dulce pasto, y las crias
Corren llamando a sus madres.

(MELÉNDEZ.)

Cuando ya han concluido los bailes de máscaras en las poblaciones de los hombres, y mientras éstos se

dedican a rezar y a comer pescado, acontece que los astros y las flores dan principio a unos bailes de confian-

za, sin los cuales el mundo se habría acabado hace mucho tiempo.

Todas las tardes, no bien se pone el sol rubicundo de *Tauro*, *Géminis* o *Libra*, empiezan los grillos a tocar la bandurria entre las matas de habas, y las ranas de los pantanos a remedar la gaita gallega. Entonces principian a coquetear, a decirse amores y a bailar en cielos y tierra todos los átomos cadavéricos del año anterior y todos los átomos de fuego del año que ha de venir. Las hojas secas de la primavera pasada abonan la planta nueva, cubierta ya de botones. La podredumbre se convierte en aroma; la muerte en vida. Los miasmas se visten de limpio, y a fuerza de valsar en alas del viento, logran captarse la voluntad de los álamos negros y contraer matrimonio con los mimbrres y los panjiles. Cuando empieza a anochecer, no hay partícula de tierra que no cuchichee con su vecina; no hay hormiga, ni hoja, ni lucero, que no tenga su pareja; no hay pájaro, molécula mineral ni fibra de arbusto que no haya hecho una conquista. Entonces se escucha un murmullo intenso, un millón de requiebros dichos a media voz, una ex-

traña confusión de gritos, de cantos, de besos, de suspiros, que dura hasta las doce de la noche, hora en que todo aquel enjambre de nuevos esposos se dice melancólicamente: *Bon soir*.

¡Ah! ¿quién lo ignora? Durante esas tardes es cuando el corazón de todos los jóvenes siente un hambre de amor tan infinita, que su pecho se dilata sediento, como la nariz del nervioso que ha percibido cualquiera de los tres grandes olores que hay en el mundo. (Ya sabéis de qué tres olores hablo: del olor a tierra mojada por agua de tempestad, del olor a mujer y del olor a papel impreso.—Creo que este último olor fué el que me trajo a Madrid.) Os decía que en esas tardes no se puede vivir sin una compañera del alma, mucho más si se ha tenido alguna y se ha perdido, y muchísimo más si no se ha tenido ninguna todavía, como a mí me pasaba en aquel entonces;—porque en esas tardes nuestro ser nos avisa de que un hombre es la mitad de un algo y no un todo completo, de que cada cual tiene en el mundo su media naranja, y de que la juventud se evapora *sicut nubes, cuasi aves, velut umbra*.

III

UNA MUJER MISTERIOSA

Los campos les dan alfombras,
Los arbustos pabellones,
La apacible fuente, sueño,
Música los ruiseñores.

No hay verde fresno sin letra,
Ni blando chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.

(GÓNGORA.)

Pues señor, decía que era una de esas deliciosas tardes...

Al entrar yo en el vagón de prime-

ra clase que debía traerme de Aranjuez a Madrid, me encontré con lo que más había deseado al salir de mi

pueblo; con el bello ideal de las aventuras; con una compañera de coche, bella, elegante y sola.

—¡Drama tenemos!—me dije para mi capote.

—Buenas tardes...—dije para la capota de mi vecina.

—Buenas tardes—respondió la mujer de la capota.

gris de capucha caído por la cintura, cintura redonda, escote alto..., y un libro... quizás una novela..., una novela cuyo héroe podría muy bien parecerse a mí...—Tal era mi compañera de viaje.

Una reverencia fué la contestación a mi saludo.

—¡Ven acá, *Selim!*...—murmuró,



Pero ¡qué capota!

Y ¡qué mujer!

Treinta años, egregia pechera, ojos soñolientos, traje escocés, nariz algo levantisca, bonitos dientes, blanquísimas mangas, manos *guanteadas* con primor, hoyos en las mejillas, relojito de oro, atrevido peinado, un perro habanero, un precioso saco de noche, sombrilla de color tórtola, mantón

llamando al perrito y quitando la sombrilla y el saco del diván que había enfrente del suyo;—todo con objeto de dejar a mi disposición aquel testero del coche.

—Gracias, señora...—dije acariciando al perro.—¡No incomode usted a esta preciosidad!

Y en seguida me puse a discurrir sobre si la palabra *preciosidad* habría

parecido ridícula a aquella señora, de quien ya estaba perdidamente enamorado.

—¿Quién será?—me pregunté después a mí mismo.

Y las gacettillas de *El Observador*, que recordé en aquel instante, me hicieron sospechar: I. Si sería una conspiradora. II. Si sería cierta reina que por entonces viajaba de incógnito. Y III. Si sería cualquiera de las poetisas, actrices, pintoras, cantatrices y mujeres políticas cuyo nombre sabía yo de memoria.—¡Ah, era tan bonita..., digo, tan grandiosa!

De resultas de todo lo cual, aquella mujer me inspiró supersticioso respeto, y temí que llegáramos a la Corte sin empezar el primer capítulo de cualquiera de las novelas que se me habían ocurrido al hallarme solo a su lado.

Pero ¡oh dicha! ella misma vino en mi ayuda, y me sacó a barrera.

—¡Qué despacio anda el tren!—exclamó, cerrando el libro, sobre cuya cubierta leí: *La víctima del amor*.

—¡Cosas de España, señora!...—El Gobierno...—principié a decir.

—¿Es usted estudiante?—exclamó, interrumpiéndome.

—No, señora; soy..., es decir, pienso ser diputado a Cortes por mi pueblo.

—¿Cómo se llama usted?

—Enrique, etc., etc...

—Parece usted andaluz...

—Como que soy cordobés...—¡Lo habrá conocido usted en el acento!—Usted parece también andaluza, no por el acento, sino por el tipo...—Ésos ojos...

Aquí debí de ponerme muy colorado.—Lo que puedo asegurar es que se me secó la boca y no pude continuar la frase.

La mujer extraordinaria me miró en *tercera*, cosa que hacía con sumo primor; y dijo en seguida, dirigiendo al cielo otra mirada que podré llamar *ataque falso*, o si se quiere *fingimiento*.

—¡Estos ojos, señor mío..., me han hecho sumamente desgraciada!

—¡Oh, ventura!—repliqué sin saber lo que me decía.

La dama misteriosa fijó en mi boca otra mirada *baja recibiendo* (que así mezclaba la esgrima con la tauromaquia), y replicó lentamente:

—Preferiría tenerlos azules... como usted.

Y se puso colorada.

Yo mudé de diván y me coloqué a su lado, a la derecha.

¡Qué perfil! ¡Qué torso! ¡Qué talle! ¡Qué blancura la de su garganta, y qué peto el de su vestido! ¡Qué flujo y reflujo el de su respiración! ¡Cómo se hinchaba de supiros la potente ola de su redondo seno! ¡Qué sistole y diástole tan provocador trabajaba sordamente para destruir el muro de su corsé!

¡Ah! Yo maldigo la escuela literaria que abominó de las mujeres gruesas. ¡Una robusta matrona, sabiamente modelada por una modista, vale más que todas las éticas del romanticismo!

—¡Su nombre de usted, señora!... ¡Su nombre!... ¡Yo necesito saber a quién amo! —exclamé cruzando las manos con idolatría.

—Caballero, pásese usted al diván de enfrente, y nos entenderemos. No abuse usted de su posición...—respondió la desconocida rechazándome con mano vigorosa..., cuando no era necesario todavía.

Yo saboreé las delicias de aquel miedo y la presión de aquella mano, que había incendiado mi hombro izquierdo, y retrocedí, como el toro, para caer con más brío sobre mi presa.

Heme aquí, pues, colocado otra vez de frente.

La dama se tranquilizó, de donde yo deduje que los costados o flancos eran lo más débil de aquella fortaleza...

¡Y no os riáis! Hay mujeres in-

expugnables si se las combate de frente, que no pueden resistir a una declaración hecha de perfil.—Son estudios de táctica amorosa que no están al alcance de todos, y que yo hice desde mi menor edad.—Toda mujer gruesa que se ve obligada a volver la cabeza un poco, pierde algo de su dignidad y aun de su hermosura; pérdida que compensa inmediatamente con nuevas monerías.

Decía, pues, que la desconocida se tranquilizó.

Estábamos entre Pinto y Valdemoro.

Pasaron algunos minutos de silencio.

—Se conoce, caballero (exclamó la desconocida reparando en la atención con que yo miraba las estaciones), que es esta la primera vez que viene usted a Madrid.

—¡La primera y la última, señora! respondí con terrible acento.

—¡Qué! ¿Piensa usted matarse?

—No, señora... Pero pienso unir mi vida a la de usted..., fijar mi residencia a su lado..., ¡vivir en su misma casa, si es posible!

—¿Cómo? ¿No tiene usted familia en Madrid?—profirió con voz dulcísima, que parecía revelar el más tierno interés.

—¡No, señora!—respondí trágicamente.

—¿Ni casa?

—¡Ni casa!

—¡Desventurado niño!—murmuró con un tono tan patético, que no me dejó duda acerca de la sensibilidad exquisita de la viajera.

—¡Tan joven! (prosiguió envolviéndome en una mirada casi maternal). ¡Tan joven, y se arroja solo a los mil peligros de la Corte, sin conocer las calles!... ¡ni las casas, que es lo peor!—¡Ah! ¿Qué sería de la juventud de hoy que tan prematuramente echa a volar, abandonando el hogar paterno, sin estos encuentros providenciales de los que podré llamar

pupilos sin tutor, con nosotras las Hermanas de la Caridad, paisanas secularizadas—que bien puedo llamar así a la institución que represento en este coche y en este instante?—¡Joven, descuide usted! ¡Queda usted bajo mi protección! ¡Ya no estará usted solo en Madrid!

—¡Ah!... ¡señora!... —balbuceé queriendo arrodillarme...

—¡Ni una palabra más, caballero! (se apresuró a decir la Hermana de la Caridad, paisana y secularizada, conteniendo con su robusto brazo la ya principiada flexión de mi individuo). ¡No es cosa, señor mío... (continuó enfáticamente), de que usted confunda el interés que me inspira, con uno de esos amores o caprichos que brotan a cada instante del choque de dos jóvenes sensibles que se encuentran solos como nosotros en un camino!... ¡No! ¡Es más noble, es más santo, es más formal el sentimiento que me ha unido a usted, al saber que está solo sobre la tierra!—Respéteme usted, por tanto...

Dijo, y sus palabras me dejaron frío como un sorbete.—Pero era tan guapa, y sobre todo tan anchurosa, que me entregué confiado a aquella sumisión, a aquella dependencia, a aquella subordinación que me exigía.

—Dejémosla disponer... (me dije). ¡Esta mujer tiene iniciativa!—Será viuda..., y necesitará un administrador de sus bienes...—O viajará buscando conspiradores que le ayuden en alguna trágica empresa.

Y, hecha esta reflexión, me reduje a un papel completamente pasivo.

Que me hablaba...—Le respondía.

Que no me hablaba...—Guardaba yo silencio.

Que extendía ella sus pies y tropezaban con los míos...—¡Quietos mis pies!

Que, estando asomado yo a una ventanilla del coche, se asomaba ella a la misma, electrizándome con el contacto de sus valientes formas, con su

dulce calor, con su vivo perfume, con su delicioso peso...—Nada... ¡paciencia y tragar saliva!

Que, al hacer ambos un movimiento uniforme y simultáneo, chocaban mis garrosas rodillas con las suyas, redondas y suaves aun a través del miriñaque que las cubría...— ¡Yo me hacía el desentendido y ponía la imaginación en el porvenir!

Sólo recuerdo haber empleado medios de acción en una coquetería muy sencilla, pero muy transcendental, que os aconsejo empleéis siempre que queráis dar que pensar a una mujer... y que a mí se me ocurrió por instinto desde que llegué a la adolescencia.

Redúcese a procurar que no se encuentren nunca ni vuestros ojos ni vuestras sonrisas, o por mejor decir, a clavar la vista en sus ojos cuando ella la clave en vuestra boca, y a clavar la vista en su boca cuando ella mire vuestros ojos.

Y es que se ha descubierto recientemente que se turba mucho más una mujer cuando estudiamos su sonrisa, que cuando estudiamos su mirada. Además, que el hombre que mira los labios, dice por este solo hecho que es materialista. Las almas hablan por los ojos: los cuerpos por la boca. Mirar a la boca es ir derecho al asunto. Y esto sin contar con que la mujer no tiene sobre sus labios el mismo dominio que sobre sus ojos: así vemos que a lo mejor le tiemblan, haciendo lo que suele llamarse pucheros, o se le

secan a pesar suyo, cosas ambas que no pueden ocultarnos tan fácilmente como oculta los fenómenos meteorológicos de la mirada.

Pues ¿queréis creerlo? Esta difícil y acreditada táctica amorosa no dió ningún resultado con aquella mujer excepcional. ¡Estaba visto que los medios de acción eran inútiles con ella! Y, sin embargo, su majestuosa actitud parecía decirme:—Confía y espera.

Por lo demás, el calor con que había tomado a su cargo mi futura suerte iba en aumento.

Llovían las preguntas y los consejos, y, al llegar a la estación de Atocha, al poner el pie en Madrid, conocía ya mi posición, mis recursos, mis proyectos, mi historia, mi edad, mi estado sanitario—¡toda mi biografía!

Indudablemente era una conspiradora.

En cuanto a mí, declaro que al ver que terminaba el viaje y que me sería forzoso separarme de la desconocida, se me oprimió el corazón fuertemente, y murmuré casi llorando:

—¡Todo ha sido un sueño!... Llegó la hora de la separación. ¡Quién sabe si volveré a verla a usted! Usted se olvidará de mí dentro de cinco minutos...

—¡Olvido! ¡Separación! ¿Qué está usted diciendo? (replicó aquella mujer indecifrable).—¡Usted corre ya de mi cuenta!

En esto nos apeamos del tren.

IV

LA ISLA AFORTUNADA

Tórtola amante, que en el roble moras
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus penas, si es que cantas,
Y pocas son tus penas, si es que lloras.

(PEDRO DE QUIRÓS.)

—¡Antonia! ¡Antonia!...—exclamó un hombre gordo y rubio, de esos que

no gustan a ninguna mujer, adelantándose hacia mi compañera de viaje.

—¡Señora! — tartamudeé, retrocediendo un poco y disponiéndome a huir.

—No tenga usted cuidado, caballero... (dijo ella).—Es mi marido.

—¡Zape! (pensé, estremeciéndome). ¡Y me dice que no tenga cuidado! — Esta mujer es Margarita de Borgoña.

—Ahí está el coche... (dijo el hombre gordo).—Ven por aquí, pichona...

—¿Te has divertido mucho?

Y luego le preguntó no sé qué cosa al oído, mirándome de soslayo.

—Podemos contar con él...—respondió Antoñita con un tono de voz que me heló de espanto.

Indudablemente había caído en el foco de una horrible conspiración. Aquella señora era otra madame Staël, cuando menos.

—Siganos usted, caballero... (profirió el hombre gordo). Entre usted en el coche. ¡Con franqueza!

Yo me resistí; pero Antoñita me sonrió tan amistosamente, que subí, no sin estremecerme otra vez.

Cruzamos paseos y paseos; luego calles y calles, y entramos al fin en la del Príncipe, donde hizo alto el coche delante de una buena casa.

Yo me apeé el primero, y dí la mano a la misteriosa Antoñita.

Quitáme luego el sombrero, y dije:

—Gracias, señora; gracias por todo. Usted me permitirá volver a visitarla...

—¿Qué? ¿Se va usted?

—Sí, señora; voy por mi equipaje a la Administración de Diligencias...

—Su equipaje de usted... (respondió el hombre gordo) viene con el de Antonia en otro coche.

—Suba usted; suba usted, y descansará...—añadió Antoñita.

—Pero, señora...—murmuré, cada vez más asombrado.

—Enrique, ¡le digo a usted que suba!—repitió con un despotismo que sólo podía ejercerse en nombre del amor.

Subí, y detrás de mí subió mi equipaje.

Entramos en un salón lujosamente amueblado, como no había visto ninguno en mi pueblo, ni tan siquiera en mi casa, con ser yo tataranieta de un marqués...

Eran ya las ocho de la noche, y había luz artificial en cuantos aposentos ví al paso.

Antoñita continuó:

—Siéntese usted con franqueza...

—A ver... ¡Juana!... toma la bolsa de viaje de este caballero, y su sombrero, y su paletot, y límpiales el polvo...—Tráele un refresco de naranja.

—Pero, señora... ¡Si no tengo sed!

—¡Déjese usted cuidar, pobre niño!—exclamó mi curadora, dándome una palmadita en el muslo derecho.

Volvió la doméstica, tomé la naranjada y me levanté para marcharme.

—¿Dónde va usted a esta hora? (dijo ella). ¡Jesús, qué hombre tan tímido! Pase usted ya aquí la noche..., y mañana haremos lo que sea mejor. No tenga usted tanto miedo a Madrid... Aquí *hay de todo*, como en todas partes.

Yo la miré con idolatría.

Ella bajó los ojos y me hizo una reverencia.

El hombre gordo había salido.

—¡Ah!... ¡señora... (murmuré entonces, cogiéndole una mano). ¡Señora de mis entrañas!...

Y mis ojos debieron de añadir: "¡Sáqueme usted de penas!"

—Vamos; repórtese usted... (replicó Antoñita). Venga usted a su gabinete, y seamos buenos amigos.—Nada tiene usted que temer en esta casa...

Dijo, y me hizo entrar en otra habitación, que daba paso a una alcoba.

—Vea usted su cama... (añadió, encendiendo la palmatoria). Descanse usted y fíe completamente en mí... Yo duermo aquí cerca.—Conque hasta más ver...

Y sin darme tiempo para contestar, salió, cerrando con llave y dejándome solo...

—¡Oh! ¡me ama! ¡me ama! (exclamé en mis adentros). Me ha dicho: *hasta más ver...* ¡Es decir, que volverá esta noche cuando se duerma su marido! ¡Ni qué le importa a ella su marido? ¡Con qué tono de superioridad y desprecio lo trata! ¡Adelante! ¡adelante! Conspiración, secuestro o lance de amor, ¡yo te acepto con todas sus consecuencias!

Dije, y me acosté.

Pero ¿cómo dormir?—La redonda y potente figura de Antoñita no me dejaba pegar los ojos. A cada momento creía verla entrar en mi alcoba, mal envuelta en un peinador blanco, con una lámpara en la mano izquierda y un puñal en la derecha, cuando no con un dedo sobre la boca, andando de puntillas...

Así pasé horas y horas, levantándome y acostándome, estudiando los muebles y dándole cuerda a mi reloj.

A eso de las tres de la madrugada oí dos golpecitos a la cabecera de mi cama. Todo me estremecí.

—¡Duérmase usted!—articuló una voz a través del tabique.

Era la voz de Antonia.

—¡Antoñita!—murmuré.

—¡Cállese usted y duerma!... (replicó la voz). Va usted a despertar a todos los de la casa.

—¡Ah!... (me dije trémulo de placer). Me encarga que apague la luz y que me haga el dormido. ¡Todo lo comprendo!

Y, apagando la vela y sumergiéndome bajo las sábanas, me puse a fingir que roncaba.

Pero era tan tarde, y hacía tantas horas que no había dormido cómodamente, que mis ronquidos se fueron formalizando poco a poco, hasta que empecé a roncar de veras.

No hacía dos horas que dormía, y precisamente cuando soñaba una escena terrible en que Antoñita hacía el papel de *prima donna*, sentí abrirse la puerta de cristales de mi dormitorio, y ví, entre los primeros relampagueos del despertar, una figura blanca y vaporosa que se acercaba a mi lecho...

Era ella.

V

EL CUERPO Y EL ALMA

Volvió a sus juegos la fiera
Y a sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera
Y él en su mismo dolor.

(GIL POLO.)

—¿Abro el balcón o enciende usted la palmatoria?—me dijo a media voz.

—Ni lo uno ni lo otro...—respondí, apresurándome a ponerme la bata y a echar pie a tierra.

—No es menester que se levante usted...—respondió Antonia, dejando sobre la mesita de noche cierto objeto

que sonó con el retintín de un arma. Yo creí que había soltado una pistola... destinada indudablemente a defendernos de su marido, caso de que nos sorprendiera.

Un estremecimiento de placer circuló por todo mi cuerpo. Apenas acertaba a hablar.

—¡Antoñita!... (balbuceé por último). Yo no puedo vivir así....

—¿Por qué razón?—replicó ella.—

¡Hable claro! ¿Tiene usted alguna queja que darme? ¿No vengo yo misma al amanecer?...

—¡Oh, sí!... ¡Usted es un ángel!— exclamé poniéndome de rodillas.

—Pues, entonces, ¿a qué viene todo esto?

—Tiene usted razón... ¡Perdone mi injusticia!... — ¿Cómo pagarle a usted?... ¿Cuándo podré yo pagar?...

—¿Qué escucho?—interrumpió ella,

retrocediendo.—¿Ya me habla usted de no poder pagarme?

—¡Ah!... Perdone usted... Antoñita...

—¿Por quién me ha tomado usted, Enrique?— ¿Conque todo ha sido un engaño?

—¡Oh!... no... no es eso...—gemí, abrazándome a sus piernas.

—¡Suélteme usted!... —añadió con una grosería que me dejó espantado.

—¿Está usted descontento del gabinete? ¿No es buena la cama? ¿Cree usted encontrar, por quince reales que



pensaba llevarle, una casa de huéspedes como ésta?—Pero... ¡ah! todo lo comprendo: Usted es un petardista que viene a Madrid sin un cuarto.— ¡Dichosamente lo he sabido a tiempo! ¿Conque tenía pensado estafar a esta infeliz pupilera?...— ¡Oh!... Pues lo que es yo, vuelvo a llevarme el chocolate...— ¡Tome usted rejalgar!

Dijo, y se llevó lo que al entrar dejara sobre la mesa de noche; lo que yo había creído una pistola; todo lo que debía esperar de aquella beldad; el emblema de aquel amor, de aquel viaje, de aquella dramática aventura; el resultado de mis sueños y esperanzas; la realidad de tantas ilusiones, de tantas conjeturas, de tantos delirios...— ¡Una jícara de chocolate!

— ¡Oh mundo! ¡Oh demonio! ¡Oh carne!—exclamé entonces.— ¡Os complacéis en modelar una mujer con un poco de barro; cifráis en esa mujer toda vuestra poesía; redondeáis sus formas; coloreáis su semblante; ponéis la luz del sol en sus ojos; plegáis sus labios como una rosa y los animáis con un eterno beso; la empaquetáis luego en un corsé, la vestís de crujiente seda, la perfumáis con agua de colonia, y la hacéis aparecerse al hombre como una hada, como una sílfide, como una musa! A su contemplación

tiembla el hombre, enloquece el artista, se extasia el poeta. El alma, siempre ambiciosa y crédula, imagina que aquélla es la belleza ideal, el eslabón intermedio entre el cielo y la tierra, el arquetipo del amor, la nota divina del sentimiento humano, ¡y esa mujer, ese ángel, esa diosa... es a veces una pupilera romántica y cursi, que os lleva quince reales diarios por vivir en vuestra compañía, por haceros la cama, por servirlos el chocolate!

¡Horror, execración al sensualismo artístico, a la idolatría de la figura humana, a la adoración de la forma por la forma! ¡Anatema sobre la poesía de las narices, sobre el idealismo de los torsos! ¡Rayo y trueno en la hermosura a secas; en las fachadas de mujer, sin mujer; en las máscaras terrenales: en todo miriñaque de arcilla que encubra la imperfección o el vacío.

Haciendo estas reflexiones, arreglé de nuevo mi equipaje; di a la criada un napoleón, y, sin despedirme de Antañita (que ya me hacía el efecto de una decoración de *La Pata de Cabra* vista a la luz del Mediodía en mitad de la calle), salí de aquella casa, tumba de mis románticas ilusiones y cuna de mi verdadero espiritualismo, y me dirigí a *La Rueda* a tomar chocolate con ensaimada.



Pedro A. de Alarcón

**Aceites y grasas
-:- lubricantes -:-**

**insuperable
para
el engrase
de
los autos**



SUCESORES DE
E. Steinfeldt

OLEO-MOTOR

**Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas**



Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID



SUMMIT

Tónico nervioso

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositorios: Gayosa, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

SUMMIT

Tónico nervioso

**DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUNCION, CLOROSIS
CONVALECENCIA**

ANEMIA
VINO
Y JARABE
**Hémoglobine
Deschiens**

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre **CURA SIEMPRE**. Es muy superior á la carne cruda, á los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. — **PARIS**.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

LOS MUCHACHOS

SEMANARIO INFANTIL

Se publica los Domingos.

MONTANO

Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. Los mejores aparatos para tocar el piano. Última creación en Autopianos y eléctricos. Armonium y rollos extranjeros de música de 66, 78 y 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos. Salón de Conciertos.

**San Bernardino, 3
MADRID**

Ayuntamiento de Madrid

“ Z E A ”

PURGANTE

eficaz, agradable, inofensivo. El mejor para los niños

25 céntimos

SELLO

cura rápidamente dolores de cabeza, muelas, oídos, etc. corrige y evita los dolores del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.
Especialidades “ZEA” Fontuny, 13, Barcelona.



PIERNAS
Y BRAZOS
ARTIFICIALES

TALLERES PROPIOS
LA ORTOPEDIA MODERNA
GRAN CASA CONSTRUCTORA

UNICA EN
CORSES DE
CELULOIDE



MEDALLAS DE ORO



MADRID - ZARAGOZA

DE



GRAN PREMIO



PARIS - MILAN

APARATOS ORTOPEDICOS
DE

CESAREO ALONSO

GASAS
ALGODONES
VENDAJES
MULETAS

Fuencarral 104 - MADRID - Teléfono J. 415

FAJAS
BRAGUEROS
GOTIERAS
GOMAS

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

Presio del número: 25 céntimos.

Ayuntamiento de Madrid